

BESTIARIO CLÁSICO: EL DEFÍN DE JACINTO

XAVERIO BALLESTER

Universidad de Valencia (Valencia)

Es fama que cuando hubo obtenido de sus conciudadanos el espartano Licurgo juramento de respetar hasta su regreso la constitución por él promulgada, marchóse a la santa Delfos con la secreta y resignada determinación de no retornar jamás; y que los lacedemonios esperaron días, meses, años su vuelta; y que, hasta que murió el último de sus contemporáneos y aun después, el juramento no fue violado.

Y serán ¿qué? Amaneceres sin nuevas, horizontes sin mácula, jornadas sin promisión. O pleamares sin presencia.

Como enamorado —así las fuentes— de Jacinto, su joven auriga, a la playa de sus citas regresaba una mañana tras otra un entristecido delfín, finta y vasallaje de barcos, costalero de Arión, Falanto, Tarante, Céranos, Melicertes y Enalo, lozano Apolo transfigurado, dócil escolta de Posidón, don hílare de Afrodita, tabla de naufrago, godesco juguete del marino, noria melodiosa entre cielo y mar, martillo del infesto cocodrilo, logótipo cretense, seguro rascabuche de popas y espumas, mascota y cortejo de Amfitrite, tenaz hiedra de anclotes, testimonio de la eponimia del oráculo sin par, parlamento y monarca de peces. Hasta que consumido por la espera este *Flipper* temprano y a los helenos sagrado, exánime suspiró. Y las cálidas orillas de Dicearquía le dieron sepultura al lado de Jacinto, su delfinerómeno zagal.

Dame tu gente toda, para enterrarla en la arena. Una expedición perdida en Papúa, el Amazonas, los Himálayas, o Scott en la Antártida. Y Penélopes nórdicas, con sus bolsos de piel marrón y sus zapatos de charol, esperando a Godot tejerán sus días, destejarán sus noches.

Nadie esperó, sin embargo, a los encantadores de áspides, pues en su cuarto creciente refiere Heródoto que como un solo hombre todos perecieron. Al Austro declararon la guerra por haber con su árido aliento secado sus pozos y contra él marcharon, pero el sureño Éolo los enterró, y yacen aún los psilos en algún lugar, bajo las ardientes arenas líbicas, miríadas de minúsculos menhires, sepulcral clepsidra de los evos infinitos, móvil pirámide, duna de hiel.

En el vigésimo quinto tramo de su Túnel, que es agible alegoría —por longitud, obscuridad y angostura— de la espera, Ernesto Hunter Sábato confabula una expectación insólita: la de quien, fugaz, pero trágicamente se espera a sí mismo. Una Pénélope aguardando a un Licurgo arrepentido. Con una clarividencia que, como imperiosamente comprenderemos más tarde, sólo es inapelable para ella, Penélope percibe la exacta regularidad de los tres crímenes, su fatídica y aritmética precisión, sus siniestras simetrías, y con acierto conjetura lugar y hora del nuevo delito. Y allí está ahora ella, en el acto final de la trama, con la puntual campanada y en el cadalso justo, tiempo y espacio en los que *tiene* —ordenan las cifras y el destino— que cometerse el nuevo y último asesinato. Esperando a quien no llegará, porque ya es venido, esperando a quien vendrá sin haber llegado. Son sólo unos eternos segundos de turbación, la misma que —matemática del caos inescrutable— conduce al fatal descubrimiento de la verdad. Para comprender que ella es los Scott, Licurgo o Godot que tejieron sus sueños, el Ulises que nunca partió, para cumplir así el riguroso vaticinio que ahora, en la conclusión del drama, inexorable exige un único actor: y verdugo y víctima. Si acaso la